



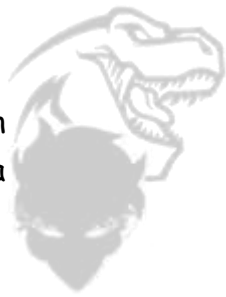
## Capítulo 557: Me porto bien, ¿sabes?

El silencio pesaba sobre el lujoso baño del casino, como si las paredes de mármol supieran que estaban presenciando algo que no debían.

Vergil acababa de escuchar las palabras de Natasha y la risa que se le escapaba de la garganta era baja, pero cargada de ironía. Un sonido que resonaba como un trueno apagado entre el vidrio y el acero inoxidable.

Se enderezó la chaqueta, todavía sonriendo, y respondió con esa calma que sólo sirvió para aumentar la tensión:

"Sabes... tienes razón." Sus ojos azules brillaban, como si escondieran tormentas. "Realmente tengo suficientes mujeres a las que cuidar. Si tuviera que recolectar más, necesitaría un imperio sólo para mantenerlos ocupados"



Natasha parpadeó, sorprendida por el tono claro. Virgilio inclinó la cabeza, casi divertido.

"Entonces relájate, Natasha." Extendió los brazos, teatral, casi burlándose. "No interferiré en nada relacionado con tu diosa nórdica. "No estoy aquí para poner a prueba mi fuerza contra los mitos de otras personas" Sólo estoy aquí para... divertirme." La pausa estuvo acompañada de una sonrisa irónica. "Y disfruta la velada con mis dos hermosas doncellas."

La forma en que decía "doncellas" tenía más provocación que ternura. Pero aún así, había sinceridad en su voz.



Natasha lo observó atentamente, buscando cualquier indicio de engaño. Durante años, había aprendido a leer psicópatas, políticos corruptos, mercenarios e incluso mafiosos con capacidad para realizar polígrafos. Pero Virgilio no era ninguna de esas cosas. Él era... algo más.

Y, sin embargo, ella lo sabía: él estaba diciendo la verdad.

La directora suspiró y la tensión en sus hombros se relajó sólo unos grados.

"Está bien", dijo finalmente. "Si ese es el caso... entonces Interpol no interferirá contigo esta noche" Parpadeó lentamente, como si firmara un pacto silencioso. "Ni siquiera estarás bajo vigilancia."

Vergil levantó una ceja y se sorprendió brevemente. Luego se rió, pero esta vez más suave, casi íntimamente.

"Hm. Ce generoso."

Él se movió. Un movimiento sencillo, pero que transformó el aire.

Vergil salió del fregadero y avanzó hacia Natasha. No rápidamente, no agresivamente—sino con la inevitabilidad de una marea creciente. Cada paso parecía resonar más fuerte de lo que debería, hasta que él estaba parado frente a ella.

Demasiado cerca.

Tan cerca que su nariz casi rozó la de ella. El calor de su aliento se abanicó contra su rostro, y el suave aroma de su perfume mezclado con el aroma metálico de la energía cruda la envolvió.



Los ojos azules de Virgilio eran como rendijas que se abrían a otro mundo. Natasha le miró con orgullo, pero su instinto le gritó que apartara la mirada.

Habló suavemente, pero su voz vibró como un trueno reprimido:

"Aunque quisieras verme... ni siquiera podrías verme."

Con cada palabra, la presión a su alrededor aumentaba. Como si la gravedad se hubiera duplicado dentro de ese baño.

Vergil continuó, su tono aún más serio:

"Ten cuidado con tu arrogancia humana."

Su sonrisa regresó, aguda.

"No soy el único que sabe que estás aquí."

Dio un paso atrás y Natasha pudo respirar de nuevo. Pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, el sonido metálico resonó.

CLACK.

La puerta detrás de ellos se abrió de golpe y entraron cuatro soldados, con las armas en alto. El metal brillaba bajo la luz blanca y las miras apuntaban directamente al pecho de Virgilio.





Dos más aparecieron al final del pasillo, formando un cerco improvisado.

Vergil acaba de suspirar.

Se giró lentamente, con las manos todavía en los bolsillos del traje y el cuerpo relajado como en un paseo nocturno.

Su mirada recorrió a los soldados, cada rostro nervioso escondido bajo una máscara de disciplina. Su sonrisa regresó—perezosa, peligrosa, divertida.

"Oye", dijo, con la casualidad de que alguien le pidiera más hielo para su whisky. "Deja de jugar."

Las armas no se movieron.

"Me porto bien, ¿sabes?" Inclino la cabeza y el brillo azul brilló en sus ojos. "No ataco a humanos débiles."



Los soldados tragaron. Algunos vacilaron en el gatillo.

Y luego, sin más preámbulos, Virgilio simplemente se dio la vuelta.

Se alejó, con los pasos lentos y las manos todavía metidas en los bolsillos del traje, como si no le apuntaran con armas. La puerta del baño se abrió con un suave empujón desde su hombro y desapareció por el pasillo del casino, brillantemente iluminado.

Silencio.



Natasha intentó respirar profundamente, pero el aire se sentía demasiado espeso. Sus piernas temblaban incontrolablemente. Intentó dar un paso—pero su cuerpo no respondió.

El mundo giró por un momento y ella cayó de rodillas sobre el frío mármol, con las palmas de las manos sosteniendo el suelo para evitar derrumbarse por completo.

Su corazón latía con fuerza en su pecho y el sudor frío goteaba por la nuca. Cada célula de su cuerpo gritaba como si acabara de correr un maratón bajo fuego.

Su impecable abrigo ahora estaba pegado a su piel, empapado de tensión.

"Maldito demonio..." susurró con la voz quebrada. "Usando tu aura... para darme una lección."



Intentó levantarse, pero sus piernas simplemente se negaron. Sus músculos temblaban como si estuvieran a punto de ceder nuevamente.

Por un instante, Natasha —la mujer que dirigió Interpol con mano firme, que se enfrentó a criminales y monstruos sin parpadear nunca— se dio cuenta de la cruda realidad.

La diferencia entre autoridad humana y poder absoluto.

Ella gimió suavemente, indefensa ante su propio cuerpo, su orgullo ardía más que sus músculos.



Afuera, el tintineo de las patatas fritas y la música del casino continuaban como si nada hubiera pasado. El mundo brillaba neón y oro, ajeno al peso aplastante que aún contenía su respiración.

Natasha cerró los ojos por un momento, tratando de recuperar el control. Pero el recuerdo de la mirada azul de Virgilio ardió en su mente como una cicatriz invisible.

Vergil caminaba por el pasillo iluminado del casino como si el mármol fuera una pasarela diseñada para él. Sus pasos resonaban de manera constante pero sin pretensiones, y el brillo azul en sus ojos parecía reflejar cada luz de neón, cada pantalla parpadeante, cada reflejo dorado en la habitación.

Detrás de él, el baño aún conservaba la tensión sofocante de minutos antes, pero su postura no revelaba rastro de ella. Su aire ligero, su sonrisa discreta y sus manos en los bolsillos indicaban que sólo un hombre regresaba de algo tan banal como ajustarse la corbata frente al espejo.



En el gran salón, el ruido de las patatas fritas, el sonido metálico de las máquinas tragamonedas y la música electrónica vibraban en el aire. La multitud bailaba, bebía, jugaba, reía a carcajadas—sin darse cuenta de la presencia de una entidad que podría, si así lo decidiera, silenciar todo con un solo gesto.

En el salón privado donde había dejado a sus compañeros, Kaguya y Alexa esperaban.

Kaguya, elegante con su vestido plateado que parecía hecho de luz de luna líquida, tamborileó con sus delgados dedos en el borde de su copa de vino. Su expresión era tranquila, pero el brillo de sus ojos oscuros delataba una creciente irritación.



Alexa, por el contrario, estaba de pie con los brazos cruzados y la pierna rebotando impacientemente. Sus ojos rojos brillaban bajo su maquillaje oscuro, y el leve gruñido que escapaba de sus dientes mostraba que estaba a segundos de levantarse y perseguirlo.

Fue sólo cuando apareció Vergil, caminando con su habitual y modesta confianza, que ambos se enderezaron en sus sillas.

"Por fin", dijo Alexa primero, con un tono cargado de sarcasmo. "Pensé que me había caído en el inodoro."

Virgilio se rió bajo y profundamente mientras se acercaba.

—Bueno, bueno —respondió, acomodándose en el sofá entre ellos, como si estuviera exactamente donde pertenecía. "Ustedes dos son demasiado impacientes."

Kaguya levantó una ceja y lo estudió como si estuviera leyendo un acertijo.

"Tomaste más tiempo del necesario." — dijo con calma, pero con un toque de acusación. — ¿Qué pasó ahí dentro, Virgilio?

Con calma cogió una copa de champán de la mesa, hizo girar el líquido dorado y luego tomó un sorbo lento.

—Nada mucho, — respondió con una sonrisa que no hizo nada para disipar sus sospechas. — Me encontré con viejos conocidos.

